

currentes, formado junto á la puerta de la hacienda, se componia del gobierno, de la escasa cuanto leal comitiva que lo ha acompañado en su tercera peregrinacion, de los soldados del batallon de Guanajuato y del cuerpo de carabineros á caballo, fiel escolta del supremo magistrado de la nacion, y de los sencillos habitantes de la hacienda, que por primera vez sin duda asistian á un acto semejante. Despues del discurso, entonaron los soldados canciones patrióticas, con las que alternaban danzas populares y representaciones alusivas á las costumbres de los indios bárbaros.

Involuntariamente ocurría al ánimo el notable contraste de aquella solemnidad, de un carácter tan grave y religioso, con las miserables farsas de los puntos sometidos á la intervencion. Tambien en ellos, y especialmente en la capital de la República, celebraban los impudentes imperialistas los aniversarios de la independencia nacional, uniendo al sacrilegio el sarcasmo, haciendo el papel del verdugo, que despues de inmolar á su víctima, la corona de flores. Tambien Maximiliano, como ya ántes hemos manifestado, victoreaba la independencia de México, para cuya pérdida está sirviendo de dócil instrumento, desde la ventana de la casa del cura Hidalgo, casa profanada con la presencia del aventurero imperial, que así juega hipócrita con las tradiciones mas respetables del pueblo que lo desecha. En Dolores, en México, en los lugares todos subyugados por los intervencionistas, estaban la pompa, el lujo, la magnificencia; pero estaban tambien la mentira y la traicion; mientras que en la hacienda del Sobaco, al lado de la pobreza brillaba el patriotismo en todo su esplendor, representado por los buenos mexicanos que tienen derecho á celebrar la emancipacion de la Nueva-España de su antigua metrópoli, porque son los dignos descendientes de los héroes que nos dieron esa patria,

cuya independencia se defiende hoy de nuevo contra el yugo extranjero que se trata de imponerle.

Para los que fueron testigos de lo que pasó en el Sobaco, trascorrirán los años sin que jamas lo olviden. Los aniversarios comunes de las fiestas de la independencia tienen necesariamente algo de rutina; y por el contrario, el excepcional bajo todos aspectos del presente año de 1864, reúne cuantas circunstancias se requieren para hacerlo indeleble. A semejanza de lo que ocurrió en el humilde pueblo de Dolores la noche del 15 de Setiembre de 1810, el 16 de Setiembre último vió congregados unos cuantos patriotas, celebrando una fiesta de familia, enterneciéndose con el recuerdo de la heroica abnegacion del padre de la independencia mexicana, y haciendo en lo íntimo de su conciencia el solemne juramento de no cejar en la presente lucha nacional, continuándola hasta vencer, ó sucumbir de una manera digna de Hidalgo.

En la mañana del 17 se presentaron en el Sobaco las autoridades y principales vecinos de Nazas, con la música de la ciudad, á fin de felicitar al presidente de la república por su llegada, y de invitarle á que pasara á la poblacion. Hízolo así, en efecto, en la tarde del mismo dia, siendo recibido con las mas entusiastas demostraciones de aprecio y respeto, entre las que merece mencionarse la de haberse empeñado una parte muy considerable de los vecinos pobres de la ciudad, en ir abrazando uno por uno al primer magistrado del país, á quien todos deseaban conocer. En la noche hubo un banquete al que asistieron las personas mas caracterizadas de la comitiva del gobierno, de los habitantes de Nazas y de los emigrados de otros lugares. Reinó la mayor cordialidad en la mesa, y hubo numerosos y entusiastas brindis.

El presidente resolvió esperar en Nazas el resultado de las operaciones militares últimamente emprendidas por nuestro ejército, para fijar, según el éxito que tuvieran, el lugar de la residencia del gobierno. La demora tenía que ser necesariamente de pocos días, por estar ya frente á frente las fuerzas beligerantes.

El primer cuerpo de ejército de Occidente había avanzado hasta la Taponá, á cuatro leguas de distancia de Porfías, donde se encontraba una fuerza francesa, cuando recibió el general Ortega la noticia de que otra sección de los invasores, procedente de Zacatecas, venía en auxilio de los de Durango, y se hallaba en las inmediaciones de San Miguel del Mezquital. En virtud de este aviso resolvió hacer una marcha nocturna forzada, con el objeto de sorprender y destruir á la sección mencionada, después de lo cual quedaría expedito para marchar sobre Zacatecas, ó revolver sobre Durango. Efectuóse, conforme á esta combinación, una marcha de diez y ocho leguas, la cual no dió el resultado apetecido, por haberse retirado oportunamente la fuerza que se iba á atacar, avisada sin duda por algunos traidores del peligro que corría.

Perdida aquella oportunidad, se volvió al pensamiento primitivo de batir á los franceses pertenecientes á la guarnición de Durango. Para realizarlo, salió el ejército de San Miguel del Mezquital, rumbo á la hacienda de la Estanzuela, cerca de la cual se encontraba ya el enemigo.

En atención á considerarse muy próxima una batalla, se escogió el terreno en que pudiera darse con ventaja, situándose nuestras tropas á poca distancia de la mencionada hacienda, y apoyando su derecha en un cerro llamado de Majoma, que era la llave de la posición. Allí se colocaron diez piezas de artillería y la división mandada por el general Patoni,

quedando las otras dos divisiones de Zacatecas y del general Alcalde en la llanura, formando el centro y la izquierda del ejército, con la caballería en las dos alas.

El general Carbajal, al frente de una sección de exploradores, avanzó hasta la Estanzuela, donde comenzó á tirotearse con los franceses. En esta escaramuza la ventaja quedó de nuestra parte, habiendo nuestros ginetes causado alguna pérdida al enemigo y apoderándose de algunos de sus caballos árabes.

El coronel Martín, que mandaba la fuerza contraria, creyó al principio que solo tenía que batirse con una corta retaguardia de la nuestra, y no salió de su error hasta que había avanzado ya demasiado para poder retirarse. En tan críticas circunstancias, no le quedó mas arbitrio que mandar á sus soldados que atacaran con su arrojo de costumbre. Nuestra artillería rompió el fuego sobre la columna de avance, y uno de sus primeros disparos dividió en dos partes al coronel Martín.

El comandante Fapy, que le sustituyó en el mando, prosiguió el ataque con toda impetuosidad, animando á los zuaños el deseo de vengar á su jefe. El asalto se efectuó sobre el cerro de Majoma, por haber comprendido desde luego el enemigo que, haciéndose dueño de él, quedaría ganada la batalla. La defensa de aquella posición fué tan gallarda, que no obstante el ímpetu de los franceses, se logró contenerlos, y hacerlos luego retroceder. En la acción se distinguió especialmente el batallón de Chihuahua, á las órdenes de su valiente coronel Ojinaga.

No dándose el enemigo por vencido todavía, volvió á la carga con el mayor arrojo. Resistido al principio con el mismo brío que antes, se obstinó en el ataque hasta conseguir que le cediera el campo la división Patoni, no obstante los

esfuerzos de este general y de otros gefes. En vano para prolongar la defensa subió al cerro el primer batallon de Zacatecas, valerosamente conducido por su coronel D. Francisco Fernandez, quien sucumbió allí víctima de su denuedo, corriendo la misma suerte el coronel Villagrana, del 2º de Zacatecas.

Aunque en aquellos momentos parecia perdida la batalla, logró inclinar la balanza en nuestro favor una carga de caballería dada sobre la cima del cerro. Se recobraron las piezas que se habian perdido; el enemigo tuvo una pérdida de mucha consideracion, siendo lanceados varios de sus infantes; otros se dispersaron en distintas direcciones, mostrándose ya algunos en actitud de entregarse prisioneros. La suerte no quiso, sin embargo, hacer duradero el triunfo que habiamos alcanzado. Un último y desesperado ataque del enemigo cambió de nuevo el aspecto del combate. La caballería sola no podia defender la posicion, sin el auxilio de la infantería. Contribuyó además á desmoralizarla, la circunstancia de ser gravemente herido el general Castro que la mandaba, como lo habia sido ya ántes el general D. Silvestre Aranda. La caballería tuvo, pues, que abandonar el cerro, aunque no en dispersion ni derrotada, sino retirándose en buen orden, y pronta á volver á servir donde se necesitara. Convienen todas las relaciones de la batalla, en que otro esfuerzo de parte de nuestra infantería hubiera sido suficiente para hacer indudable la victoria en nuestro favor; pero ese esfuerzo no se hizo, por no haber sido posible reorganizar las fuerzas que se habian desmoralizado, y por no haber entrado en accion las que se conservaban en buen orden.

Al oscurecer se emprendió la retirada, con lo que terminó el combate, verdaderamente anómalo por varios de sus

incidentes. Aunque los franceses quedaron dueños del campo y de parte de nuestra artillería, su pérdida fué mas considerable que la nuestra, y su estado de postracion era tal, que ni siquiera intentaron perseguir en su retirada á nuestras fuerzas, las cuales, léjos de haber sido completamente derrotadas, iban en el mejor orden, alejándose paso á paso del lugar de la batalla. La carga de caballería que dió tan felices resultados, rehabilitó esta arma, desprestigiada anteriormente. El valor con que se batieron nuestros soldados quedó demostrado con el hecho de haber rechazado varias veces á los contrarios, á pesar de haberse conducido estos con el notable arrojo que les es genial. La conviccion general de amigos y enemigos, de que un último esfuerzo de nuestra parte nos hubiera dado el triunfo, produce el amargo desconsuelo de que se hubiera perdido una batalla que se debió ganar.

En los partes que sobre la memorable accion del 21 de Setiembre han publicado los franceses, se falta á la verdad con el descaro que tienen de costumbre. Aseguran que el ejército mexicano se componia de 3,500 infantes y 700 caballos, y se vanaglorian de haberlo derrotado con solo 531 franceses y 80 traidores al mando del padre Meráz. No conforme todavía con estas falsedades el cínico D. Antonio G. de Palacio, redactor del periódico oficial de la prefectura política de Durango, y notable como pocos por su rastrera adulacion á los franceses, ha llevado la exageracion al extremo de decir que se batieron estos en la proporcion de uno á diez. La verdad histórica es que el cuerpo de ejército de Occidente no llegaba en su totalidad á 2,500 hombres, de los cuales solo se batieron de 800 á 1,000, no habiendo disparado un tiro la mayor parte de la fuerza de Zacatecas y toda la division de Alcalde.

Tambien en las pérdidas confesadas por el enemigo ha habido un considerable rebajo, sin embargo de la afectacion con que se ha entrado en minuciosos pormenores al tiempo de detallarlas. La pérdida confesada apenas asciende á unos 100 hombres, cuando es seguro que la verdadera fué mucho mayor. Fácil de comprender es el interes que se tiene en todas las ocultaciones y falsedades que se propalan en diverso sentido. Cuando se quiere pintar como muerto ya, ó por lo ménos en estado de agonía, al gobierno constitucional del país, se asevera que carece de todo elemento de defensa, y especialmente respecto de la fuerza armada, se representa siempre en número muy reducido, y compuesta ademas de chusmas sin organizacion ni disciplina. Cuando por el contrario, llega el momento de librarse una batalla, cambia todo de aspecto, abultándose exageradamente el número de nuestros soldados. Y para que no entre el desaliento cuando sufren los franceses pérdidas de consideracion, se ocultan con cuidado, y si fuera posible, se les presentaria como invulnerables.

Por triste que sea que se convirtiera en derrota el triunfo que indudablemente se debió obtener, sirve siempre de grato consuelo considerar que la batalla de Majoma ha servido para probar de nuevo el ya conocido valor de nuestros soldados, siempre que son conducidos por gefes pundonorosos. Es igualmente satisfactorio tener la certidumbre de que el enemigo pagó bien caro el inesperado triunfo que obtuvo. El gefe de la columna expedicionaria, varios oficiales y muchos soldados, pagaron con su sangre el atentado cometido por su emperador. Debiendo estimarse imposible que se repongan las pérdidas sufridas por los franceses, otras batallas como la del 21 de Setiembre darian el mismo resultado que las victorias de Pirro.

Por una fatalidad que no puede tener explicacion satisfactoria, el ejército de Occidente, que se habia retirado en tan buen órden del lugar del combate, se desbandó en una gran parte la misma noche del 21. Esta ocurrencia se ha atribuido con generalidad á la fatiga ocasionada por una marcha de siete leguas, que se anduvieron para ir de San Miguel del Mezquital á las inmediaciones de la Estanzuela; por la accion que hubo despues, y por la nueva marcha emprendida al terminar la batalla, de siete leguas, para volver de la Estanzuela á San Miguel, y de otras tres mas que anduvo la tropa, sin habersele dado alimento ni descanso. Ya desde los dias anteriores habian sido largas y penosas las marchas y contramarchas, y habian padecido ademas los soldados grandes trabajos, por no haber permitido socorrerlos sino muy pocos dias la suma escasez de fondos del erario.

Disuelto el ejército de Occidente por el motivo expresado, los restos que quedaron de aquella fuerza se pusieron á las órdenes de los generales Carbajal y Quesada, de los que el primero fué nombrado gobernador y comandante militar interino del Estado de Durango. Esa fuerza se está aumentando ya paulatinamente; ha vuelto á subir á un número de alguna consideracion, y al abrigo de las buenas posiciones que abundan en el terreno que ocupa, seguirá creciendo y disciplinándose, para volver bien pronto á hostilizar á los franceses, á quienes dará nuevas y elocuentes pruebas de que será interminable la lucha emprendida en defensa de la independencia nacional, mientras esté profanado nuestro suelo por los invasores; mientras no venga por tierra el bamboleante trono levantado sobre la punta de sus bayonetas.

Sabedor el gobierno de la derrota de Majoma, tuvo ya necesidad de encaminarse de Nazas para este Estado de Chihuahua, en el que ha encontrado, como de antemano se lo

esperaba, el odio mas profundo á la intervencion, la decision mas enérgica por la autonomía del país, la mayor lealtad y respeto al supremo gobierno, y la mas arraigada simpatía á la persona del presidente de la república. Como estos sentimientos han tenido un desarrollo verdaderamente notable, justo será que nos encargemos de algunos pormenores relativos á su manifestacion.

La primera poblacion de alguna importancia que se encuentra al entrar al Sur del Estado, es la villa de Coronado de Rio-Florido. Recibido allí el jefe supremo de la nacion con francas demostraciones de júbilo, en la noche de su llegada se presentó á los habitantes del lugar, que empeñosamente deseaban conocerlo. Un víctor formado por todos recorrió el tramo que mediaba entre los alojamientos del presidente y del ministro de la guerra, cuyos dias se celebraron á la vez que la llegada del gobierno. En ambas partes se reunió una selecta concurrencia, en la que se pronunciaron discursos alusivos á los negocios públicos, y hubo repetidas protestas de cooperar todos eficazmente á la salvacion de la patria. El pueblo, que no cesaba de victorear al presidente y al general Negrete, mostró el mas vehemente deseo de que el gobierno permaneciera allí un dia mas, con el objeto de estarle renovando sus manifestaciones de afecto. La necesidad de no perder tiempo en el despacho de varios graves negocios pendientes, no permitió acceder á esta solicitud, por cuyo motivo los que la habian hecho se empeñaron mas en aprovechar aquella noche para reproducir sus patrióticas manifestaciones.

En el tránsito de Rio-Florido á la villa de Allende, se detuvo el gobierno en la hacienda de la Concepcion, cuyos dueños, los Sres. Urquidi, lo invitaron á comer allí. Hubo de notable en aquel lugar, que el respetable señor D. Juan N.

Urquidi llevara á sus hijos, uno por uno, á la presencia del magistrado supremo de la nacion, haciéndoles que se fijaran en aquel acto, para que fuera uno de esos recuerdos que nunca se olvidan, diciéndoles que tuvieran presente siempre haber tenido la honra de conocer al presidente de la República.

En la villa de Allende fué el recibimiento tan espontáneo y entusiasta, como en todas las demas poblaciones del Estado. Alojado el ciudadano presidente en la casa del Sr. D. Joaquín H. Domínguez, hubo en ella, al dia siguiente de su llegada, una reunion de amigos á la mesa, de parte de la comitiva del gobierno y de varios distinguidos chihuahuenses. Los brándis fueron tan patrióticos y conmovedores, que rodaron las lágrimas de ojos acostumbrados á afrontar la muerte sin pestañear. Luego se salió por las amenas calles de árboles de la poblacion, situada á orillas del rio, hasta llegar á una plazoleta donde no tardó en presentarse la música con un crecido acompañamiento de los vecinos. Para conmemorar la llegada del presidente, se acordó levantar en aquel sitio un sencillo monumento, sin mas inscripcion que la de la fecha de aquel dia, y los nombres de Juarez y de la Libertad.

En la ciudad de Hidalgo del Parral se repitió la escena que ya hemos descrito. Las autoridades y varios vecinos principales salieron á recibir al presidente á una considerable distancia. A la entrada de la ciudad lo esperaba el pueblo apiñado en todos los puntos del tránsito, y sus vivas entusiastas se mezclaban con los ecos sonoros de la música. Allí, como en otras partes, se empeñaban en quitar las mulas del carruaje, á lo que siempre se oponia el Sr. Juarez, dando por razon que los hombres libres jamas deben tirar del coche de otro. La recepcion oficial se hizo en las casas

consistoriales, donde se pronunciaron varios discursos patrióticos, que fueron contestados por el presidente en el mismo sentido.

La noche del día siguiente al de la llegada del gobierno, recibió este el obsequio de un baile dado en la misma casa municipal, al que asistieron las principales familias de la población. Cuando el presidente pasó á la pieza contigua al salón de baile, para tomar algo de la mesa que se sirvió, se reprodujeron, como de costumbre, los entusiastas brándis relativos á las circunstancias en que se encuentra el país. El presidente permaneció en el baile hasta las cuatro de la mañana, quedando muy complacido de las constantes consideraciones que debió á aquella selecta concurrencia.

Preparábase ya otro baile para algunos días despues, cuando la necesidad de venir á la capital del Estado para el arreglo de varios negocios públicos de interes, obligó al gobierno á abreviar su permanencia en Hidalgo. Los vecinos de esta ciudad manifestaron el sentimiento con que se ha visto en todos los puntos visitados de Chihuahua, la pronta separacion del funcionario encargado de la primera magistratura.

No fué ménos solemne que los anteriores, el recibimiento de Santa Rosalía, naciente y hermosa poblacion, que está progresando diariamente con el cultivo del algodón, para el que le ofrece grandes ventajas su feliz situacion en la confluencia de los dos rios, Conchos y Florido. Allí se renovó el espectáculo de Nazas, de entrar la mayor parte de la poblacion á saludar y abrazar al presidente, en el alojamiento que se le habia destinado. Las autoridades y vecinos mas distinguidos, que habian salido tambien á encontrarle al camino, le acompañaron deapues á la mesa, en la que casi todos los brándis se encargaron del tema natural de la manifestacion

del ódio con que se ve la invasion extranjera, y del vivo deseo de no omitir esfuerzo para la defensa de la patria.

En Santa Cruz de Rosales, á mas de todas las demostraciones de cariño y respeto que en ninguna parte han faltado, hubo dos incidentes merecedores de especial recordacion.

Estando ya el presidente en su alojamiento, solicitó hablarle un tambor, ciego de nacimiento, el cual se expresó con la mayor naturalidad en términos verdaderamente elocuentes. Habló poco mas ó ménos así:—"Nunca tanto como ahora he deseado la vista, para ver al hombre mas eminente de mi país. Dicen los que ven, que el sol es mas hermoso en su ocaso, que al principio ó en la mitad de su carrera; y así me parece á mí mas grande el presidente de la república en este remoto Estado, que en México, mandando á los que mandan. Sus eminentes virtudes me son bien conocidas, porque hay cosas tan claras, que hasta los ciegos las ven."—Despues de esta peroracion, tocó aquel buen mexicano en su tambor una diana, con habilidad y entusiasmo.

Despues de la comida, en la que no escasearon los brándis, recibió el presidente el honrosísimo obsequio de ser visitado por las señoras principales de la poblacion. Al oscurecer, fué á tocar escogidas piezas una excelente música, y con este motivo se improvisó un baile que duró hasta las doce de la noche, no prolongándose mas por el deseo de que descansara el presidente, sin embargo de que él manifestaba gusto en que continuara aquella diversion.

El 12 del que acaba se efectuó la entrada del gobierno en la capital del Estado, á las cinco de la tarde. En el rancho de Avalos, situado á distancia de una legua de la ciudad, esperó el presidente la hora convenida, y allí fueron llegando sucesivamente el gobernador, C. general Angel Trias, los magistrados del supremo tribunal de justicia, los empleados